



## Texto preparado por Luis Camnitzer para la IV Semana de la Educación Artística - Chile 2016

Cuando hablamos de arte, educación y América Latina, corremos con el peligro de utilizar tres términos que son mucho más complejos que lo que el uso cotidiano presupone. El término “arte” tiende a confundir la producción de objetos artísticos con la parte formativa de la cultura y la adquisición y expansión de conocimientos. El término “educación” confunde el entrenamiento para la satisfacción de los requerimientos laborales del mercado con el desarrollo personal del individuo. El término “América Latina” tiende a unificar una serie de países independientes con culturas y fronteras diversas, artificialmente unificadas por una historia colonial y la correspondiente resistencia o una relativa sumisión. El acento que se pueda poner en los términos muchas veces depende de la posición ideológica de quien los utiliza. Cuando son utilizados por individuos, si es que los utilizan con cierto rigor, son coherentes con la ideología del usuario. Cuando los utiliza un gobierno, vienen imbuidas por las necesidades de una manutención del poder y pierden, si no la dirección, su pureza ideológica. Digamos entonces que una de las cosas que informa la aplicación de los términos es una cierta cantidad de mercenarismo que puede referirse al lucro o a otros intereses. Si el gobierno cree en el mercado como determinante de la política (y el individuo está de acuerdo), el peso de la interpretación estará: en el arte como producción, la educación como entrenamiento, y América Latina como un campo de tratados comerciales y a veces militares. Con tiempo suficiente, esas creencias son internalizadas en el consenso colectivo y las reformas se hacen muy difíciles. Se habla de intereses nacionales y a todo el mundo le parece muy bien y nadie se pone a pensar que cosa exactamente se quiere decir con eso o a quien realmente le puede importar.

Lo que es más sorprendente es como la interpretación de los tres términos encajan en una coherencia ideológica más amplia. Hoy esa coherencia se denomina neo-liberalismo. Bajo la excusa superficial de que lo que se está apoyando es el individualismo competitivo, se está en realidad negando y obstaculizando la posibilidad de un individualismo creativo y aun más, el desarrollo de un socialismo de la creación. En un socialismo de la creación, en oposición al tradicional socialismo del consumo, todos los miembros de una comunidad contribuyen a la expansión del conocimiento.

Bajo la égida de un mercado global dentro del cual se articulan los intereses nacionales, se promueve un arte desvinculado de la construcción cultural comunal y local. Con la excusa de la transferibilidad de empleos basados en estudios universitarios, se acepta la cuantificación y mercantilización de la educación en unidades adquiribles llamadas créditos. Con la promoción de un falso nacionalismo se apoya la desaparición de las humanidades y las artes liberales para celebrar, en cambio, los logros en las ciencias aplicadas. Son aquellas que sirven para crear más consumo y el lucro de las corporaciones multinacionales y, solamente en el entorno reducido y vago de un “quizás” entre comillas, para mejorar el nivel de vida de la población en general.

Geográficamente, en mi mente, América Latina es una isla rodeada por océanos y mares, excepto por el norte, en donde se encuentra una larga muralla. Pero hoy esa geografía ya no tiene el significado que tenía antes. Con las migraciones y la red Internet, la cultura correspondiente a la localización física perdió parte de su sentido. Ya ni siquiera la división en países industrializados y no industrializados tiene la vigencia que tenía antes. Hoy enfrentamos el problema de las emisiones de gases de carbón per cápita que producen el calentamiento global y tenemos que Grecia como parte de una Europa industrializada emite menos que el Qatar feudal, que China todavía se auto clasifica como nación en desarrollo junto con cualquier país africano o latinoamericano, y que la familia dueña de Arabia Saudita tiene suficiente poder financiero como para bloquear toda negociación que les daña la venta de hidrocarburos. El dinero dejó de ser un denominador común para una variedad de objetos. En su lugar se convirtió en un denominador del control de la información y de la acumulación de poder.

Claro que todo esto es un poco esquemático, pero me gusta entonces hablar de infografía en lugar de geografía, de emulsiones étnicas ya que no de mestizaje completo, y de comunidades de intereses que físicamente están dispersos por el mundo, pero no por ello debilitados o menos importantes que las comunidades que están localizadas en un terreno físico. En los años cuarenta, el artista uruguayo Joaquín Torres-García se refirió a Estados Unidos como un barco internacional con bandera norteamericana. Extendió ese concepto a toda América, la cual sería un barco ocupado por criollos con banderas nacionales. Pero las banderas-- todas las





banderas-- tratan de unificar y homogeneizar a tripulantes y pasajeros, ignorando que un trapo flameando siempre tiene ciertas limitaciones. No entendiendo esto la gente goza de los dos minutos del reinado de Colombia en el pasado concurso de Miss Universo, y luego llora e insulta cuando se le quita la corona. Seguimos (y yo también) dándole más importancia a los campeonatos mundiales de fútbol basados en la organización nacional que a los campeonatos mundiales donde juegan los equipos de fútbol de las ligas. Y sin embargo, los equipos nacionales solamente tienen equipos de jugadores rejuntados para la ocasión. Entretanto son los equipos de liga los que tienen una historia de jugar orgánicamente durante varios años.

Esto entonces nos lleva al arte y a la educación y que valores usamos en ellos. Surgen varias preguntas obvias: ¿Hacemos, querámoslo o no, un arte nacional? ¿Nos dirigimos localmente o a un mercado homogeneizado internacionalmente? ¿Lo hacemos para competir en él como grandes firmas y con autorías individuales de marcas registradas? ¿O lo hacemos representando a nuestros países? ¿O nos dirigimos primariamente a una comunidad local con la cual nos comunicamos en profundidad y en donde contribuimos a una formación cultural? ¿Lo hacemos como individuos o como parte de una colectividad, no importa como se define a esta comunidad? Y quizás más importante que todo lo anterior: ¿Representamos una identidad o la estamos creando?

La diferencia en las respuestas que demos a estas preguntas está en que en algunos casos estamos produciendo objetos que se someten a las reglas de algún mercado. En otros estamos trabajando en una actividad esencialmente pedagógica. El análisis de las diferencias, por lo tanto, no está tanto en que se esté enfocado en un nacionalismo o latino-americanismo versus un internacionalismo. La diferencia está, vagamente, más conectada con una identidad de periferia que se ubica en relación a los centros hegemónicos. Incluso esta división ya no tiene la importancia que tenía hace pocas décadas. ¿Pero donde está la diferencia, si es que la hay?

Pienso que la diferencia se origina más en el flujo de la información, su dirección y cantidad, que en otras cosas. Las preguntas entonces son: ¿Quién produce información y por lo tanto sienta los criterios de la escala de valores que la conforma y controla? ¿Quién la recibe y por lo tanto termina sometido a esos valores? Es esta división a la cual me gusta referirme como infografía. La infografía refleja una distribución de poder basada en criterios más generales que la localización física que conforma a la geografía. Ya no son países, y ya no son los mega centros urbanos. La ciudad de México es más de tres veces más grande que Nueva York, pero su influencia mundial es mucho menor. Santiago de Chile tiene tres cuartos de la de Nueva York y la proporción tampoco significa nada. Pero tampoco es la ciudad de Nueva York la que importa, son las bolsa de acciones que están allí y las que controlan parte de la información financiera. Esa función podría ser nómada y seguir actuando con la misma eficiencia.

La central de la compañía Lexmark está en Lexington, Kentucky, pero tiene una maquiladora en Ciudad Juárez. Allí despidió a 90 obreros mexicanos, no por ser mexicanos, sino por que pedían un aumento de 6 pesos (0,34 centavos de dólar) por día.<sup>1</sup> La geografía y las nacionalidades no importan, Lexmark podría estar en cualquier lado. Lo que importa son los 34 centavos. El centro físico del control del flujo de la red Internet para América Latina (NAP de the Americas, donde la sigla significa Network Access Point) está en Miami. Pero podría estar en la cima del Monte Everest y no cambiaría nada. La propiedad transitoria es de una corporación que se llama Verizon, que es un artefacto comercial-legal y, aunque fundamentalmente estadounidense, no realmente nacional. Su corazón podría latir en el cuarto de baño de mi casa sin afectar los resultados. Como dijo Zygmunt Bauman recientemente: "el matrimonio entre poder y política en manos de la Estado-nación se ha terminado. El poder se ha globalizado pero las políticas son tan locales como lo eran antes."<sup>2</sup>

Esta contradicción afecta la definición o definiciones de lo que es la educación. Por un lado está la educación más común, mercantil, que trata de satisfacer las demandas laborales administradas por el poder, y también la competitividad entre las naciones-estado y entre las corporaciones que luchan para ubicarse en ese poder. Y luego está la educación para el desarrollo y maduración del individuo en un contexto comunitario. Esta educación generalmente es más local, y también, facilitadora de una resistencia. En última instancia y en un nivel más general del conocimiento, esta diferencia entre ambas definiciones de educación también se refleja en

<sup>1</sup> Sandra Rodríguez Nieto, "Maquila despide a más de 90 obreros en Juárez por pedir 6 pesos más al día en su salario", <http://www.sinembargo.mx/11-12-2015/1576074>, acceso 12/12/2015

<sup>2</sup> Ricardo de Querol, "Zygmunt Bauman: 'Las redes sociales son una trampa'", *Babelia, El País*, Madrid, 9/1/2015





un conflicto cognoscitivo. Es ese que existe entre un enfoque primario en la cantidad puntual por un lado, y en la calidad configurativa por otro. No se trata de tomar un partido neto aquí, sino de encontrar un equilibrio dentro de una ideología apropiada. Dado como funciona la información hoy día, mis simpatías están con una pedagogía que favorece las configuraciones por encima de la acumulación cuantitativa de datos. Pero como en todo, este enfoque también puede ser mal utilizado.

Greg Creed, el gerente general de Yum Brands, es un ejemplo. Hace unos meses Creed anunció un cambio de política para su división multinacional Pizza Hut. Pizza Hut es una compañía que en estos momentos sufre problemas de lucro. Por lo tanto, de acuerdo a Creed, ya no puede preocuparse por la calidad de sus productos individuales sino por el sistema de distribución y la facilidad con que los productos se compran. Invocando al servicio de taxímetros Uber como un modelo ideal, Creed dijo que los productos tienen que ser “fáciles de usar, fáciles de pagar, y muy fáciles de ser ubicados en su trayecto”. Agregó que hoy “lo fácil” le gana a lo “mejor”, y que la época en que la forma de competir era por medio de productos de mejor calidad ya había pasado. La conclusión es entonces que hoy se compete por medio de una conveniencia calculada en configuraciones, no importa cuán malo sea el producto.<sup>3</sup>

La preocupación por lo puntual, por el dato aislado y su acumulación, es producto de una base paradigmática que heredamos del siglo diecinueve. Tanto la educación como la apreciación del arte sufren de esa herencia. Cuanto más trabajo y tiempo artesanal invertido en la fabricación de un objeto, más admiración le dedicamos. Cuanto más datos metidos en la cabeza y tiempo invertido, más respeto tenemos. Esta admiración por la acumulación por un lado conduce al virtuosismo artesanal, y por otro reduce al individuo a la erudición. Y nadie se atrevería a hablar mal de un artesano virtuoso o de un erudito. Y eso nos impide percibir que hoy ya no se trata de la cantidad presente o producida en y por el individuo. Se trata en cambio de la habilidad de acceder a la información y de hacer conexiones y configurar esa información. No nos adaptamos al hecho real de que siempre hay más información fuera de nuestra cabeza que dentro de ella. Que, siempre, los medios de fabricación mecanizados (ya sean analógicos o digitales) serán más eficientes para la producción que la manualidad. Tenemos entonces que las esencias importantes para la adquisición, elaboración y ampliación del conocimiento radicado en una banca de datos, o de las posibilidades de una maquinaria de producción, no están en la cantidad que administran. Están en la calidad y forma de conectarse con nosotros como individuos o como nosotros nos conectamos con ellas.

Para Pizza Hut la idea no es la de compartir la habilidad de conectar con los clientes sino meramente ofrecer una conexión ya diseñada y armada que facilite las compras. El mal uso consiste en que la conexión aquí es un producto más para ser consumido. La conexión se convierte en una especie de meta-objeto. En forma similar, Google nos facilita el acceso a la información. Ya no hay que leer libros para informarse sino que se le pregunta a Google. En lugar de perder un mes buscando, leyendo y buscando, tenemos el dato que queremos en una fracción de segundo. Todo esto suena muy bien y es cómodo. Pero el servicio es independiente y rígido. En todo caso las máquinas de búsqueda aprenden a refinar sus algoritmos gracias a nuestras costumbres de uso. O sea que cada vez que le pedimos algo, nosotros terminamos trabajando para Google. Nuestro beneficio se reduce a acceder a los datos. Wikipedia en ese sentido nos ofrece un modelo mucho más democrático gracias a su naturaleza interactiva. Es probable que por eso Google sea tan rico y Wikipedia se pase pidiendo donaciones de los usuarios.

En varias ocasiones he comentado que la educación no debería concentrarse en dar datos. Debería en cambio capacitar al educando en su acceso a la información y en la construcción de sus propios filtros y sus propias conexiones. La idea es que hoy los datos en sí ya son casi obsoletos en el momento en que terminan de ser enunciados. En cambio, la capacidad de acceso, de selección y de conectar, permite que el proceso educativo continúe permanentemente, tanto durante la educación formal institucional como después de ella.

Pero la anécdota de Pizza Hut me ilustra que las cosas son aun más sutiles. La facilidad presentada por las conexiones pre-establecidas transfiere el consumo del objeto al acceso y lleva la posibilidad de pasividad a un nuevo nivel. Hace un año, la compañía Amazon patentó un algoritmo que le permite mandar productos a las casas de sus clientes antes que estos hayan decidido que los quieren y decidan ordenarlos. Amazon sacó la cuenta que, después de la predicción del deseo, la mercadería aceptada superaría a la rechazada en un

<sup>3</sup> “Pizza Hut Chief Now Says ‘Easy’ beats ‘Better’,” *The New York Times*, diciembre 12, 2015, p. B2



porcentaje suficientemente alto como para mantener los márgenes de lucro. En el fondo esto significa que el análisis del mercado fue llevado a su extremo ideal. El consumidor ya no tiene que pensar en sus propios intereses. Las empresas se encargan de pensar por él.

En términos educacionales la versión de un entrenamiento para satisfacer el mercado laboral hace exactamente lo mismo. El mercado nos piensa en lugar de nosotros pensar el mercado. La educación entonces está o para someternos a estos procesos o para prepararnos a resistirlos. La educación por lo tanto tiene que basarse en una posición y conciencia política.

Lo interesante aquí es que la educación informal que sucede en el contexto de la pobreza ya nos da una ventaja enorme si se la compara con la educación que se da en el contexto de la prosperidad. No es que quiera ensalzar la pobreza aquí. Personalmente creo en un socialismo en donde, en cuanto se refiere al consumo, todo el mundo es millonario. Parte de esa riqueza posible está en la enseñanza gratuita como un derecho civil. Otra parte está en que la educación se dirija a ayudar a los estudiantes a ser mejores individuos y que no se la utilice meramente como un sistema de estratificación social y como un filtro de selección de los mejores para alimentar a la meritocracia. Hay pedagogías apropiadas para esta visión acusada de ser utopista y son las pedagogías constructivistas e integralistas. Son pedagogías que existen hace mucho tiempo: Pestalozzi, el iniciador más famoso, murió hace casi doscientos años y María Montessori hace más de sesenta. Pero los métodos solamente se aplican en escuelas privadas a las cuales tienen acceso las clases privilegiadas, y con ello se reafirma la división en clases sociales y el aumento de la estratificación.

En la pre-educación que tiene lugar en el ámbito familiar se calcula que los niños ricos escuchan 30 millones de palabras más que los niños pobres. Y esto sucede dentro de un lenguaje mucho más sutil formado por palabras complejas y por metáforas inaccesibles para el niño pobre. Éste recién podrá escucharlas una vez que llega a la escuela. Por lo tanto llega con desventaja a sus estudios, y a veces con la imposibilidad de lograr el nivel de los alumnos pudientes. Todo el mundo admira al estudiante pobre que logra terminar los estudios superando los obstáculos que encuentra en el camino. Pero nadie se encarga de remover los obstáculos.

Sin embargo, en la pobreza hay una contrapartida para todo esto que es importante. Es algo que se puede llamar el “ingenio de la pobreza”. Es un ingenio creativo que se desarrolla para la supervivencia y se aplica estableciendo conexiones que no son accesibles en la afluencia. En realidad el ingenio es un producto de la pobreza. Permite lograr más dentro de las limitaciones con las que uno se encuentra al conectar cosas presuntamente inconectables. El pobre que no tiene un martillo utiliza una piedra u otra cosa para clavar un clavo. El clavo a veces ya fue usado, está doblado, y hay que desdoblarlo. El “rico” que no tiene martillo espera que abra la ferretería para comprar uno (y de paso también comprar una caja de clavos nuevos) porque eso es lo que aprendió. No se le ocurre utilizar otra cosa. El “pobre”, entonces, emplea una forma tentacular del conocimiento. No es algo que está ligado linealmente a un diseño específico ya solucionado de antemano. Es el producto de una curiosidad abierta pero dirigida. Paradójicamente hay una flexibilidad básica en el sentido común del pobre que teóricamente lo capacita mucho mejor para funcionar en el mundo contemporáneo. Es un mundo en el cual el conocimiento funciona en base a conexiones en lugar de datos puntuales. El ejemplo clásico institucionalizado de todo esto fue la ANIR, la Asociación Nacional de Innovadores y Racionalizadores creada en Cuba en 1976. La institución surgió para solucionar la falta de repuestos creada por el bloqueo de los Estados Unidos. El consumo pasivo anula la distancia crítica que permite la revisión y formulación de problemas.

Una serie de estudios empresariales sobre la creatividad innovadora determinaron que las economías nacionales se pueden dividir en tres categorías: 1) las motivadas por factores, 2) por eficiencia y 3) por innovación.<sup>4</sup> La primer categoría se refiere a las que se concentran en la sobrevivencia, la segunda en los mejoramientos industriales y la tercera—siendo ésta economías prósperas y pos-industriales—en mejoramientos dentro de lo que ya se está produciendo. Lo interesante es que el porcentaje de iniciativas creativas empresariales en las tres economías son respectivamente del 43%, el 23% y el 2%. Esto significa que las soluciones creativas parecen generarse más como una consecuencia de la desesperación que de la satisfacción. Tenemos aquí un paralelo con el arte, aunque el tipo de desesperación sea distinto.

<sup>4</sup> El estudio fue conducido por la organización estadounidense GEM. La sigla es para una organización llamada Global Entrepreneurship Monitor (o Monitor Empresarial Global).





Lo extraño es que, las creatividades siendo diferentes en cada caso, no se reflejen en ningún proceso educativo particularizado para cada tipo de economía. La tendencia generalizada, no importa en que lugar o que economía, es la de favorecer a la ciencia, la tecnología, la ingeniería y las matemáticas. Es el grupo de disciplinas que en inglés se representa con la sigla STEM y cuyo éxito se refleja en las estadísticas evaluativas de PISA que luego ponen a los países en orden jerárquico de acuerdo a los logros de la educación respectiva. Mientras tanto se va disminuyendo el énfasis en las materias relacionadas a las artes y las humanidades porque, como se quejara un famoso ministro de educación español hace muy pocos años: “el estudio de las artes distrae de los otros estudios.” Se ignora que si hablamos de conectar y de configurar, estamos hablando de diseño y de redes cualitativas que necesitan de la imaginación y no de la contabilidad. O sea que necesitamos *pensar arte*.

Quiero ahora pasar al arte y utilizar todo esto para diferenciar entre la *apreciación del arte* y el *pensar arte*. Desde este punto de vista la apreciación del arte es un acto de consumo y el *pensar arte* es algo activo. Como acto de consumo, la apreciación artística está siempre en peligro de colonizar, y el *pensar arte* en cambio es un mecanismo anti-colonial. Colonización aquí es un concepto que rebasa la geografía económica y se ubica en la distribución de poder. En cualquier lado un maestro o un artista pueden actuar como colonizadores y trabajar para mantener la distribución del poder tal como existe. O pueden ayudar en la descolonización y la liberación del estudiante.

Considerar el arte como una disciplina a cargo de unos pocos para el consumo por parte de un grupo mayor (aunque también formado por relativamente pocos) nos presenta con problemas similares a la educación. Pero esto además conlleva otro problema conceptual, que es la relación que el arte tiene con el tiempo de ocio. La producción artística está diseñada para ser apreciada en momentos de no-trabajo: el que trabaja puede ir a los museos durante los fines de semana o los días que no pertenecen a los empleadores. Lo interesante en esto es la ideología de la financiación de las mejoras sociales. Estas mejoras se dedican explícitamente a las condiciones y el nivel de vida. Pero en última instancia solamente ayudan a elevar un nivel de confort definido desde el punto de vista del consumo, y a una educación definida desde el punto de vista del entrenamiento laboral. Y cuando se financia el tiempo de ocio se enfatiza el consumo en lugar del desarrollo del ingenio o la articulación de las actividades creativas. Si se emplea el arte en esto, es para fomentar las artesanías o para difundir obras maestras de la historia del arte para que sean apreciadas. Cuando se incluye una actividad real, lo es como una artesanía productora de objetos y no como una metodología para formular y resolver problemas.

Debo reconocer que existen tendencias pedagógicas en la apreciación del arte que por lo menos se autodefinen como progresistas aunque yo no esté de acuerdo. Estas tendencias proponen el subrayar la parte cognoscitiva del arte en lugar de la hedonística, cosa que está bien. Pero la técnica consiste en presentar la obra y preguntarle al observador tres preguntas que presuntamente conducen a la sabiduría: ¿que cosas suceden en la obra? ¿que cosas ve que le hacen decir eso? y ¿que más puede encontrar en la obra? Son preguntas que recuerdan a las planteadas por Paulo Freire hace medio siglo en su programa de alfabetización. La diferencia es que Freire lo hacía buscando una concientización política. Sus preguntas también empezaban con: ¿Qué ves en este cuadro? Pero luego seguían con ¿Cual es la situación salarial de los campesinos? ¿Por qué?, ¿Qué es salario? etc.

Por alguna razón ese pretendido progresismo en la apreciación del arte es apolítico. Pero esa apoliticidad es una posición política. Es una en la que se ignora la posición de Freire que incluye la necesidad de concientización. En la apreciación del arte apolítica se pretende dar conciencia a procesos trans-disciplinarios que superan los límites de la creación artística y mantener estos procesos en un estado de pureza. Lo que no se percibe es que de entrada hay adoctrinamiento. La importancia de la obra utilizada ya viene declarada en el acto de presentarla, no es pasible de cuestionamiento, y uno solamente puede ver y pensar dentro de los límites presentados por la obra. Esto en sí mismo ya es una confirmación de una estructura de poder y por lo tanto es una actitud política. Es como mirar a través de un túnel y pensar que la silueta de la salida describe la realidad, con el agravante que el túnel en este caso fue fabricado por la estructura de poder.

Hay aquí entonces dos limitaciones. Una es la introducción del canon por medio de obras declaradas como importantes, sin que el canon sea explícito. La otra, es el acto de selección del campo del conocimiento al que la presencia y presentación de la obra obligan.



Esta técnica de discusión de obras de arte fue desarrollada inicialmente en el Museo de Arte Moderno de Nueva York. Los educadores del museo se dieron cuenta que la presentación y discusión de las exposiciones con el público no tenían el efecto de transformación educativa previsto o deseado. No hay realmente estadísticas que prueben el éxito de la técnica, y esto se debe o a que no lo tiene, o porque no hay forma persuasiva de probarlo. Las estadísticas existentes son contradictorias porque no hay manera efectiva de cuantificar los cambios cualitativos. Pero las limitaciones y críticas que planteo aquí son conceptuales, no cuantitativas.

Se trata entonces de lograr otra cosa. ¿Cómo, en el arte producido u objetualizado--ese que termina en las colecciones y los museos--se puede integrar la apreciación pasiva con el pensamiento activo.? ¿Cómo se puede ir de la disciplina ejemplificada por el objeto pasar a un pensamiento trans-disciplinario? Dicho de otra forma, ¿hasta que punto se puede compartir libremente el proceso creativo que genera la existencia de una obra si uno se limita a deshilvanar la razón de su existencia a través de la obra misma?

Es interesante que cuando alguien nos pregunta algo somos conscientes de dos posibilidades frente a la pregunta y no de una sola. La acción obvia es tomar la pregunta literalmente, aceptarla y contestarla. La otra es tratar la pregunta como un texto que tiene un subtexto, asumir que detrás de la pregunta hay otra que es más verdadera, honesta y directa. Es esa la que nos hace, no necesariamente con suspicacia, tratar de ver por qué y con que fines se nos hace la pregunta. En arte, el equivalente es el tratar de ubicar las condiciones que determinaron la presencia imperativa de la obra, el entender que problema está resolviendo, o en su lugar, que problema interesante le podemos atribuir. Y entonces pasar a ver como solucionaríamos nosotros ese problema. Esto significa no quedarse frente a la obra, que es la actitud hedonista o en una lectura narrativa tradicional. No significa ir a través de la obra para hacer un ejercicio de lectura que elucide su mensaje narrativo o las asociaciones literales que pueda generar la imagen. Significa, en su lugar, proponerse la participación en el proceso creativo del artista, de igual a igual. Se trata de compartir el poder creativo después de entender que relación tiene con el propio poder, y de ver a donde lleva ese camino común. En ese trayecto, aquel que era un recipiente de la obra ahora se convierte en un co-creador. Quizás uno mejor, quizás uno peor, o meramente uno distinto. Pero lo más importante es que en el diálogo con la obra y con el artista la relación deja de ser la autoritaria vertical que obliga al consumo. Es una relación horizontal de diálogo y de participación.

Es en esta relación horizontal en la cual el público puede decidir que la Mona Lisa no es una obra que le interesa, o que se saca el sombrero frente a Leonardo como autor. O que hoy habría mejores maneras de lograr lo que en su momento Leonardo se propuso (siempre que podamos realmente identificar lo que lo motivó en su momento). Pero el público también tiene la libertad para especular sobre el porqué se promueve ese cuadro, que intereses representa, y si esos intereses son compartibles o no.

Esta manera de posicionarse frente a la obra de arte—y en realidad frente a cualquier paquete informativo—permite también evaluar si el recipiente es parte del público para el cual la información fue organizada en su presentación o no.

Obviamente un tratado especializado de física nuclear no es escrito para que yo lo lea. Y obviamente una obra de arte que se basa en referencias a códigos refinados presentes en otras obras de arte no está dirigida a un público que no conoce esos códigos y que no está preparado para interpretar las referencias. No es que la obra necesariamente deje de ser apreciada, pero sí será una apreciación fragmentaria y sujeta al gusto, y no a su contribución al conocimiento. La Mona Lisa me puede sonreír agradablemente desde encima del sofá mientras armoniza con los colores de la sala, sin enseñarme nada nuevo. Su valor entonces pasa a las zonas anecdóticas, como lo es el precio, la antigüedad, la autoría o el respeto histórico. El potencial de un misterio irreducible e inexplicable que pueda servir para embarcarme en un proceso de descubrimiento, queda excluido. Se reduce a la frase que “la sonrisa de la señora es misteriosa”.

Esto hace que la obra de arte nos divida en dos públicos: aquel que está incluido y el que está excluido. Se arma así la cofradía de los conocedores, la cual en un proceso de rarificación que comenzó a mediados del siglo XIX se fue haciendo más y más elitista por el lado cognoscitivo. Entonces, para compensar, hacia fines del siglo XX introdujo la espectacularidad demagógica. Esto no tiene mayor importancia, pero me sirve para traer a colación los asuntos referentes a la identidad, que sí son importantes y tienen implicaciones políticas.





La identidad es uno de esos temas que oscila entre lo reaccionario y lo progresista. Por un lado, el negativo, es una plataforma que estimula la arrogancia clasista, el chovinismo y el excepcionalismo. Es esa parte en donde criticamos al elitismo, a la aristocracia y la oligarquía, al nacionalismo fanático, y a los destinos manifiestos de unos pueblos contra otros. Por otro lado, el positivo, la identidad es un pegamento que solidifica a una comunidad, y que reafirma los sobreentendidos tácitos culturales que facilitan la comprensión y ayudan en los proyectos colectivos. Ambas categorías, obviamente, no son absolutas. En la izquierda hablamos de la necesidad de una consciencia de clases, pero pensamos nada más que en la consciencia de los oprimidos. Nos olvidamos que los opresores tienen su propia consciencia de clase. La explicación quizás esté en que los oprimidos tienen menos consciencia de clase que los opresores porque a éstos les interesa que los oprimidos no la tengan. Y esto es justamente lo que convierte esa identidad de clase en un arma que fortalece la lucha contra la opresión. En la derecha, coherentemente con esto, tenemos entre otras cosas una promoción de la globalización. Allí, en principio, no habría identidades grupales. Seríamos todos iguales y por lo tanto, idealmente, tendríamos las mismas necesidades. Esto a su vez ayuda a tener un mercado global en lugar de varios pequeños mercados identitarios.

Para bien o para mal, la identidad es un arma y como tal no siempre es utilizada correctamente. Para el colonizador sirve para desintegrar las identidades subalternas y para administrarlas dentro de la conveniencia de su propia identidad. Si la identidad subalterna es creativa, muy bien, siempre que esa creatividad beneficie a la hegemonía. Si no, esa creatividad es clasificada como folclórica y local, sin mayor interés dentro del panorama hegemónico. El ejemplo clásico de esto fue dado por el cubismo, el cual absorbió recursos formales del arte tribal africano. Al mismo tiempo dejó a ese mismo arte tribal en el lugar folclórico que le corresponde de acuerdo a lo que se considera la “cultura educada”. Típico del proceso colonialista, el canon hegemónico se enriqueció, pero no cambió. En cambio, como contaba el artista mozambiqueño Malangatana Ngwenya, una artista africana que estudió en París en la década del 40, a su regreso introdujo el cubismo en su país natal. Con ello ayudó a una sustitución de cánones y no al enriquecimiento del canon local.

De manera que sí, la identidad es un arma, y para el amenazado por la colonización sirve como un instrumento de defensa y toma distintas formas. El sincretismo y la sustitución de significados es una de ellas. El tradicionalismo conservador es otra. Y ciertas formas de nacionalismo también lo son. Aunque tengo cierto grado de comprensión por los distintos modos en que se presentan, no les tengo mayor simpatía. Son identidades que se basan en la certidumbre y en el dogma. Terminan siendo instrumentos cerrados que solamente sirven para hacer declaraciones.

Las identidades en ese sentido se forman en el pasado y no ayudan a formar el futuro. Actúan como escudos rígidos que no permiten su descarte, se instalan con ambiciones de permanencia y no generan conocimiento. Me interesa más, entonces, la identidad ignorante y curiosa. Es la identidad del barrio, de los buenos vecinos, que se cierra frente a los embates pero se abre cuando estos desaparecen. Es una identidad crítica, consciente del momento en el cual es necesaria, y por lo tanto es periódica y descartable.

Todo esto nos reúne nuevamente los temas de educación, arte y América Latina. Tyson Lewis contrapone las visiones pedagógicas de Paulo Freire con las de Jacques Rancière.<sup>5</sup> Freire promueve la emancipación de los estudiantes por medio de la concientización, cosa que necesita el concepto de autoridad dado que el maestro está concientizado mientras que el alumno no lo está. Rancière en cambio busca la igualdad absoluta y para ello parte de la ignorancia total y compartida.

En la posición de Freire el maestro entonces tiene la responsabilidad de crear una situación conducente a los propósitos propuestos. En la posición de Rancière se trata de eliminar toda forma de autoridad para permitir un aprendizaje totalmente abierto. No sé si la contraposición es totalmente correcta ya que no soy especialista ni en Freire ni en Rancière. Pero mi impresión es que Freire actúa como un militante y que su uso de las palabras es vernáculo. O sea, Freire se mueve dentro de sobreentendidos tácitos que funcionan dentro del contexto identitario de la comunidad a la que se dirige. Rancière es un filósofo generalista que en este caso se aplica a problemas de la educación, pero lo hace con sobreentendidos tácitos que pertenecen a la alta filosofía y sin el contexto de la militancia directa. Ambos piensan en utopías, ambos utilizan muchas veces utilizan las mismas palabras, pero están ubicadas en planos distintos y no necesariamente significan lo mismo.

<sup>5</sup> Tyson Lewis, *The Aesthetics of Education*, Bloomsbury Academics, 2014



Al tener una utopía como meta, no importa en que plano se está, no hay forma de eliminar la autoridad. Esto es así ya sea en el arte como en la educación. El artista/educador sabe en donde está el poder y su misión es señalar el lugar, facilitar el acceso y lograr la redistribución. Para ello utiliza la comunicación: un conjunto de métodos de manipulación que generalmente se conoce como pedagogía. Tanto la autoridad como la manipulación son inevitables. Si se afirma que no hay autoridad, esa afirmación es nada más que una parte de la manipulación. Si no hay manipulación, la autoridad se convierte en declarativa y se implementa por medio de órdenes que no se pueden cuestionar. En ese caso el poder es monopolizado y no se puede redistribuir. La autoridad, por lo tanto, tiene que ser compartida con la posibilidad permanente de poder rotar, y la manipulación tiene que ser constantemente transparente. La manipulación es una forma de redacción selectiva en donde partes de la información son eliminadas y al resto se lo organiza jerárquicamente con un propósito. Este propósito se conecta con los propósitos utópicos que se están explorando. El juicio ético entonces no se aplica a la manipulación sino a la presencia o ausencia de su transparencia, tanto en el proceso como en la visión utópica que lo informa.

Todo el proceso puede estar dirigido a la búsqueda de una verdad o para reafirmar una mentira. En la búsqueda de una verdad, todo lo que conocemos se convierte en un campo de ignorancia, el cual solamente se revelará y se hará útil una vez que descubramos sus límites y tratemos de atravesarlos. En una época América Latina era mi Utopía y definía mi identidad. Hoy mi Utopía es mucho más amplia y América Latina pasó a ser mi identidad. Pero solamente me es una identidad útil si la enfrento críticamente y con flexibilidad, reconociendo cuando me sirve como arma y cuando es un obstáculo. Su fuerza hoy está en el ingenio de la pobreza, porque es la que nos prepara para una realidad que solamente es abarcable por medio de las conexiones y el desafío de los órdenes establecidos. Es allí donde el arte se mantiene, ya no como una especialidad destinada al coleccionismo, sino como el pasaporte imprescindible para la salud mental. Tanto la mía como la de todos.

